

presaban el placer del trabajo justo, glorioso y salvador.

Lucas, al pasar por el taller de los hornos de pudelar, se detuvo un momento para hablar con un robusto joven de unos veinte años, que tenía á su exclusivo cargo la dirección de uno de los hornos.

—Muy bien, Adolfo, esto marcha; ¿está usted satisfecho?

—Sin duda, señor Lucas. Terminó mi tarea de dos horas, y la bola está en sazón para ser retirada del horno.

Adolfo era el hijo de Augusto Laboque y de Marta Bourron. Pero, no tenía como en otro tiempo su abuelo materno, el pudelador Bourron, hoy retirado, que hacer la terrible operación del braceaje, con la bola de metal en fusión, hecha ascuas, auxiliado por el espetón, ante las llamas. Tal operación se hacía mecánicamente, y hasta por un sistema ingenioso salía la bola brillante, se cargaba en el carrillo que la conducía bajo el martillo cinglador, sin necesidad de la intervención del obrero.

Adolfo añadió con satisfacción:

—Va usted á ver; la calidad es superior, y este trabajo ¡es tan sencillo!

Había bajado una palanca, se desenganchó algo, se abrió una puerta que dejó deslizarse hasta el carrillo la bola, semejante á un astro que alumbrara el horizonte con un reguero luminoso. Y él siempre sonriente, la frente fresca, sin una gota de sudor, los músculos flexibles y finos, como hombre á quien la fatiga excesiva no ha deformado. El carrillo había ido ya á descargar su peso bajo el martillo cinglador de modelo reciente, movido por la electricidad, y que también ejecutaba toda la tarea sin que el herrero encargado de conducirla tuviera que romperse los brazos volviendo y revolviendo el mazo en todos sentidos. El movimiento era tan fácil, tan sencillo, que venía á ser como una música que acompañaba al buen humor de los obreros.

—Me marchó,—añadió Adolfo, después de haberse lavado las manos.—Necesito terminar un modelo de mesa que me interesa mucho, y me voy dos horas á los talleres de carpintería.

En efecto, era carpintero á la vez que pudelador, pues había aprendido varios oficios, como todos los jóvenes de su edad, á fin de no embrutecerse en una especialidad exclusiva. El trabajo, con la variedad y la renovación constante, se convertía en una distracción, en un placer.

—¡Qué usted se divierta!—le dijo sencillamente Lucas, alegre en su gozo.

Pero donde Lucas pasaba varios minutos felices en las mañanas de visita, era en el departamento de hornos de crisoles. ¡Cuán lejos se encontraba del antiguo infierno, de los hornos de crisoles del Abismo, con sus pozos ardientes gruñendo como volcanes, de donde los miserables obreros, en medio de una reverberación como de incendio, debían retirar con sus brazos cien libras de metal en fusión! En lugar de la sala negra, llena de polvo, inmunda, extendiase amplia galería por cuyas grandes vidrieras penetraba el sol, pavimentada con anchas losas, entre las cuales se abrieron las baterías de hornos simétricos. El empleo de la electricidad los mantenía fríos, silenciosos, claros, limpios. Y allí también las máquinas hacían toda la tarea, bajaban los crisoles, los elevaban, en brasas, los volcaban en los moldes, bajo la simple vigilancia de los obreros conductores. También mujeres estaban allí dedicadas á la distribución de fuerza eléctrica, porque se había advertido en ellas mayor cuidado y exactitud para el manejo de los aparatos de precisión.

Lucas se aproximó á una hermosa joven, alta, de veinte años, Laura Fauchard, hija de Luis Fauchard y de Juliana Dacheux, en pie cerca de un aparato, muy atenta, daba la corriente á un horno, según indicaciones de un joven obrero, dispuesto á inspeccionar la fusión.

—Qué tal, Laura,—preguntó Lucas,—no está usted cansada?

—¡Oh, no, señor Lucas, esto me divierte! ¿Cómo quiere que me canse por dar vueltas á este volante tan pqueño?

El obrero, Hipólito Mitaine, de veintitrés años no cumplidos, se había aproximado. Era hijo de Evaristo Mitaine y de Olimpia Lenfant, y se decía que era novio de Laura Fauchard.

—Señor Lucas,—dijo,—si usted quiere ver fundir lingotes, estamos preparados...

Puesta en marcha, la máquina, con su facilidad tranquila, sacaba los crisoles incandescentes y los vertía en las lingoteras, que un mecanismo acercaba por turno. En cinco minutos, mientras los obreros miraban, la operación quedaba perfectamente despachada, y el horno en disposición de recibir una nueva carga.

—¡Y eso es todo!—decía Laura riendo con su graciosa risa.—Cuando pienso en las terribles historias con que mi pobre abuelo Fauchard ha mecido mi infancia! Jamás tenía la cabeza firme, y contaba cosas que hacían temblar, acerca su antiguo oficio de arrancador; no parecía sino que había pasado toda su vida en el fuego, con el vientre y los miembros comidos por las llamas. Todos los viejos nos consideran ahora muy felices.

Lucas se había puesto serio, mientras brotaban las lágrimas de sus ojos, con la emoción.

—Es cierto, los abuelos han sufrido mucho. Y á eso se debe que los nietos tengan una vida mejor... Es preciso que trabajéis y que os améis los unos á los otros; la vida aun será mejor para vuestros hijos y vuestras hijas.

Y Lucas continuó su visita, y á donde quiera que se dirigía, en los diferentes talleres, en el del modelado de acero, en el de la gran forja, en el de los grandes y pequeños hornos, encontraba la misma limpieza saludable, la misma alegría encantadora, el mismo trabajo fácil y divertido, gracias á la diversidad de las tareas y al auxilio soberano de las máquinas. El obrero, que ya no era bestia de carga aplastada, despreciada, se convertía en reflexivo é inteligente, para siempre libre y glorioso. Cuando Lucas terminó su paseo matutino, por el taller de los laminadores, al lado de los hornos de pudelar, detúvose de nuevo para hablar amigablemente con un muchacho de unos veintiseis años, Alejandro Feuillat, que á la sazón llegaba.

—Sí, señor Lucas, vengo de Combettes, donde ayudo á mi padre. Teníamos que acabar de sembrar una tierra y he estado allí dos horas... Ahora voy á tra-

bajar aquí otras dos horas, porque hay un pedido de railes urgente.

Era el hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Muchacho de imaginación viva, se entretenía, después de sus cuatro horas reglamentarias de trabajo, en hacer dibujos de adorno para los talleres del alfarero Lange.

Se había puesto ya á la obra, vigilando un gran juego de laminadores que construía los railes. Lucas, benévolo, feliz, miraba. Desde que se empleaba la fuerza eléctrica, el estrépito terrible de los laminadores había desaparecido, funcionaban con una suavidad pastosa, produciendo tan sólo el ruido argentino del rail que saltaba, al juntarse á los otros railes que se estaban enfriando. Era aquello la hermosa producción incesante de las épocas de paz, railes y más railes, para que todas las fronteras se franqueasen, y para que los pueblos, cada vez más juntos, formaran un solo pueblo, sobre la tierra cruzada de caminos; grandes navios de acero, no los abominables buques de guerra, que llevan la devastación y la muerte, sino los buques de la solidaridad, de la fraternidad, cambiando los productos de los continentes, multiplicando la riqueza de la familia humana, para conseguir la abundancia. Los puentes que facilitan también las comunicaciones, las vigas y las armaduras metálicas para los innumerables monumentos que los ciudadanos reconciliados necesitaban para la vida pública, las Casas Comunales, las Bibliotecas, los Museos, los Asilos de protección y de refugio, los Almacenes generales inmensos, los Depósitos y los Graneros capaces de contener la vida y el alimento de las naciones federadas. Y por fin, las innumerables máquinas, que en todas partes y para toda clase de trabajos reemplazaban á los brazos del hombre, las que trabajaban en los talleres, las que sin cesar rodaban por las calles, por las olas y por los aires. Y Lucas sentíase satisfecho, alegre, ante todo aquel hierro, hecho pacífico, aquel metal de conquista, del cual la humanidad durante tanto tiempo no había sacado más que espadas, para sus luchas sangrientas, con el cual más tarde había hecho cañones y granadas, en las épocas de sus últimas carnicerías, y con el que construía su

casa de fraternidad, de justicia, de felicidad, ahora, después que la paz había sido conquistada.

Antes de volverse, Lucas quiso dar una última ojeada á la batería de los hornos eléctricos, que había substituído al horno alto de Morfain. La batería funcionaba bajo el techo de vidrio, inundada por los rayos del sol. Cada cinco minutos, el mecanismo cargaba los hornos, después que la acera móvil se llevaba los diez lingotes, cuyas llamas palidecían bajo la clara luz del astro. Había allí también dos muchachas vigilando los aparatos eléctricos, de veinte años cada una. Una de ellas rubia, de un rubio delicioso, era Claudina, hija de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, y la otra, de hermosos cabellos negros, era Celina, hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque. Atentas á establecer é interrumpir la corriente, sólo pudieron sonreír á Lucas. Pero vino un descanso y se adelantaron, al ver todo un grupo de niños que se detenía con manifiesta curiosidad á la entrada del cobertizo.

—¡Buenos días, Mauricio! ¡Buenos días, Luisito! ¡Buenos días, querida Alina! ¿Han terminado las clases, que venís á vernos?

Consentían, en efecto, á los escolares, á manera de recreo, recorrer libremente la fábrica, con la idea de que se familiarizasen con el trabajo, y de paso adquiriesen las primeras nociones de las cosas.

Lucas, á quien alegró ver á su nieto Mauricio, hizo que todo el grupo entrase. Y respondió á todas las preguntas; explicó el mecanismo de los hornos, y hasta hizo que funcionaran los aparatos para que vieran los niños cómo bastaba que Claudina ó Celina movieran una palanca para fundir el metal y hacerlo salir en chorro deslumbrador.

—¡Oh! yo ya sabía eso, ya lo había visto,—dijo Mauricio, dándose aire de hombrecillo, á quien sus nueve años habían enseñado muchas cosas.—Mi abuelo Morfain, una vez, me lo enseñó todo... Pero abuelo Froment, dime, ¿es verdad que antes había hornos altos como montañas, y que era preciso estar quemándose el cuerpo día y noche para sacar de ellos algo?

Todos se echaron á reír, y Claudina respondió:

—Es muy cierto. El abuelo Bonnaire me lo ha con-

tado muchas veces, y tú, mi querido Mauricio, deberías conocer la historia, pues tu bisabuelo, el gran Morfain, como todavía se le llama, ha sido el último héroe que ha luchado con el fuego. Vivía allá arriba, en un agujero entre las rocas; jamás bajaba al pueblo; tenía que cuidar todo el año de su horno gigante, el mónstruo; las ruinas del cual se ven aún, en la ladera de la montaña, como una torre que recuerda tiempos antiguos.

Mauricio, con los ojos abiertos, admirado, escuchaba con el interés apasionado de un niño á quien se le relata algún prodigioso cuento de hadas.

—¡Oh! Lo sé, lo sé. Mi abuelo Morfain nos ha dicho todo eso de su padre y del horno alto como una montaña. Pero yo creía que inventaba todo eso para entretenernos, porque inventa otras cosas cuando quiere hacernos reír... ¿Es que son verdad?

—Claro, son verdad,—continuó Claudina.—Había en lo alto obreros que cargaban el horno, vertiendo en él carretadas de mineral y de carbón, y abajo, otros obreros que cuidaban constantemente de que el mónstruo no tuviera una indigestión, lo cual impediría que la operación saliese bien.

—Y,—añadió á su vez Celina, la otra joven,—eso duraba siete ú ocho años. Durante esos siete ú ocho años el mónstruo ardía, entre llamas, siempre como un cráter, sin que se pudiera dejarle enfriar ni un momento, pues sería esto una pérdida muy grande; sería preciso abrirle el vientre, limpiarlo, reconstruirlo casi de nuevo.

—Ahora,—añadió todavía Claudina,—querido Mauricio, ya comprenderás por qué el gran Morfain, tu bisabuelo, tenía necesidad de no dejar ese fuego de siete ó de ocho años; era su tarea, esto sin contar con que, cada cinco horas, era preciso abrir á golpes con el espetón la piqueta para vaciar el crisol de metal fundido, un verdadero arroyo de llamas, el calor del cual os tostaba como un pato en el asador.

De pronto, los tres niños, estupefactos hasta entonces, se echaron á reír á carcajadas. ¡Oh! el pato asado; ¡el gran Morfain que se tostaba como un pato!

—¡Pues menuda broma sería trabajar en aquel

tiempo! ¡Y cuántas fatigas costaría!—dijo Ludovico Boisgelin.

—No cabe duda,—contestó su hermana Alina;—yo prefiero haber nacido más tarde; ¡es tan divertido trabajar hoy!

Pero Mauricio se había vuelto á poner serio, y con aire reflexivo, rumiaba en sus adentros aquellas cosas increíbles que le contaban. Por fin, dijo:

—De todos modos, bien fuerte debió de haber sido el padre del abuelo; y si hoy anda mejor la cosa, consiste, tal vez, en los muchos trabajos que habrán pasado en otros tiempos.

A Lucas, que hasta aquel instante se había contentado con escuchar y sonreír, le encantó tan buen pensamiento, y cogiendo á Mauricio lo levantó en alto y, besándole en ambos carrillos, dijo:

—¡Tienes razón, pillastre! Es lo mismo que si tú ahora trabajas con toda tu alma; tus tataranietos serán todavía más felices por tí... Y lo estás viendo; ya no nos asamos como si fuéramos patos.

Dió una orden, y la batería de los hornos eléctricos funcionó de nuevo. Claudina y Celina, con un simple ademán, producían é interrumpían la corriente. Los hornos quedaban cargados, la fusión se verificaba, y la plaza móvil recibía é iba llevándose las diez barras de candente metal. Los niños quisieron, ellos solos, poner la maquinaria en movimiento, y ¡qué alegría! aquel trabajo tan fácil, después del cuento, legendario ya, de los trabajos de Morfain, que parecían ser los de algún dolorido gigante penando en un mundo desaparecido.

Pero surgió una aparición, y los escolares que estaban de paseo huyeron asustados. Lucas vió otra vez á Boisgelin en pie, junto á una puerta del cobertizo, fiscalizando y vigilando el trabajo con la mirada suspicaz y airada del amo, siempre intranquilo y temeroso de que sus hombres le roben. En esta misma forma se le solía encontrar á menudo en cualquier parte de la fábrica, desesperado por no poder inspeccionar á un tiempo toda aquella inmensidad; cada vez más loco con la idea de los millones que perdía diariamente, y sin conseguir jamás aquilatar por sí mismo

la tarea de aquel pueblo, que le ganaba miles de millones.

Aquello era demasiada gente; él no podía verlos á todos, y sentía que sucumbía en esta buena administración de su desmentida fortuna, cuyo peso le agobiaba como si el cielo se le desplomase sobre la cabeza. Tan descompuesto estaba, tan exhausto por haber recorrido inútilmente los talleres de los trabajadores, él, que jamás había hecho cosa alguna con sus manos, que Lucas, movido por gran compasión, quiso esta vez alcanzarle para procurar sosegarle y llevarle tranquilamente á casa. Pero Boisgelin estaba sobre aviso; dió un salto atrás, y á la carrera desapareció en dirección á los grandes almacenes.

Lucas, terminado el paseo de la mañana, volvió á su casa. Desde que su ciudad se iba ensanchando sin término, no podía visitarla toda y paseaba por sus numerosos barrios tan sólo á manera de creador en reposo y feliz al ver su creación multiplicarse por sí sola é invadir paso á paso toda aquella llanura. Por la tarde, y no sin haber vuelto á echar un vistazo á los Almacenes Generales, entró, al obscurecer, en casa de los Jordán á pasar una hora. En el salón pequeño, con salida al Parque, encontró á Scœurette con Hermelline y Marle, en tanto que Jordán, tendido sobre un canapé y envuelto en una manta, soñaba, según costumbre, contemplando en el horizonte la puesta del sol. Hacía poco que el amable doctor Novarre había sido arrebatado en horas por la muerte, en medio de las rosas de su jardín y con el solo sentimiento de no vivir lo bastante para presenciar la realización de tantas cosas hermosas, de las que en un principio no estaba del todo convencido. Scœurette, por lo tanto, no recibía más que al maestro y al cura, y eso de tarde en tarde, cuando ambos, arrancados por antiquísima costumbre, venían á reunirse á su casa. Hermelline, con sus setenta años y jubilado, concluía la vida en estado de horrible amargura y creciente encono contra todo lo que á su vista corría. Hasta había llegado á encontrar tibio en sus ideas al cura, que le llevaba cinco años y que se encerraba en una tristeza digna y en un silencio cada vez más altivo, mientras más veía que se vaciaba su iglesia y que se moría su Dios.

Precisamente, al sentirse Lucas junto á la amable, callada y paciente Sœurette, el maestro acababa de volver á sus antiguas acusaciones de republicano sectario y autoritario, y la tomaba con el sacerdote.

—¡Ea, ea! cura, ya que digo lo mismo que usted, ayúdeme... Ha llegado el fin del mundo, con esos niños en que se cultivan las pasiones que nosotros, los educadores, teníamos por misión aplastar en otros tiempos. ¿Cómo quieren que el Estado tenga ciudadanos disciplinados, educados, para servirle, cuando en ellos se da rienda suelta á la individualidad anárquica? Si nosotros, que somos hombres de método y razón, no salvamos á la República, se perdió para siempre.

Empeñado en salvar á la República, de los que él llamaba socialistas y anarquistas, se había pasado al campo reaccionario, y unido con el sacerdote, en su odio hacia todo lo que se emancipaba sin su ayuda y fuera de su estrecha fórmula de testarudo jacobino.

Y prosiguió con mayor vehemencia:

—Ya se lo digo, cura; van á arrasar la iglesia, si ustedes no la defienden... Es cierto que su religión jamás ha sido la mía, pero he reconocido siempre que una religión era necesaria para el pueblo, y que el catolicismo era una admirable máquina de gobernar. Obrad, pues; hénos aquí con vosotros, y después ya nos entenderemos, cuando juntos hayamos vuelto á conquistar las almas y los cuerpos.

El abate Marle, al principio, no hizo más que mover la cabeza; ya ni contestaba ni se incomodaba, y por último, dijo con su lenta voz:

—Yo cumplo con mi deber; cada mañana estoy al pie del altar, aunque vea vacía mi iglesia, é imploro un milagro de la bondad de Dios... El lo hará, seguramente, si es que lo juzga necesario.

Esto acabó de exasperar al maestro.

—Déjese de cuentos; tienen ustedes que ayudar á nuestro Dios, y obrar de otro modo es una cobardía.

Sœurette, sonriente y llena de indulgencia para con esos, que serían los vencidos de mañana, creyó que debía intervenir.

—Si todavía estuviese con nosotros el buen doctor, os suplicaría que hicieseis porque vuestro acuerdo no

llegase hasta tal punto, ya que, entendiéndoos, se empeoran vuestras disensiones... Me afligen ustedes, amigos míos, y hubiese sido muy feliz si hubiese podido, ya que no convertiros á nuestras ideas, oiros al menos reconocer ante la experiencia algo del inmenso bien que han producido en este país.

Los dos habían conservado gran deferencia para con esa mujer, tan dulce, tan santa, y su presencia en aquel pequeño salón, en el propio foco de la nueva ciudad, evidenciaba el amistoso ascendiente que Sœurette ejercía sobre ellos. Habían llegado hasta tolerar en aquel sitio la proximidad de Lucas, el adversario victorioso que, por otra parte y con toda discreción, evitaba mostrarse triunfante ante aquella violenta y dolorosa agonía del viejo mundo. Tampoco intervino esta vez, al oír á Hermelline negar con furor todo lo que él había creado, porque todo le había salido bien. Aquello era la postrer sublevación de principio de autoridad contra la liberación natural y social del hombre; era la tiranía bajo su otra forma, el Estado omnipotente junto á la omnipotente Iglesia, que ambos se habían disputado los pueblos, reservándose, por supuesto, coaligarse y unirse para volverlos á conquistar el día en que los vieses á punto de eximirse de la servidumbre, tanto civil como religiosa.

—¡Ah!—exclamó de nuevo Hermelline.—Si usted se da por vencido, es que ya llegó el fin, y, como usted, no tendré más que callar y morir en mi rincón.

Otra vez el sacerdote movió la cabeza, sin salir de su doloroso silencio. Sin embargo, una última vez, declaró:

—Dios no puede ser vencido, y Dios es quien debe obrar.

Lentamente la noche se extendía sobre el Parque; el pequeño salón iba quedando sumido en creciente sombra; nadie habló más, y en aquella habitación se sintió como un gran escalofrío, salido, sin duda, del melancólico pasado. El preceptor se levantó para despedirse... y como también se levantase el sacerdote, Sœurette quiso ponerles directamente en la mano la cantidad que á cada uno de sus visitantes daba para los pobres. Pero él rechazó esta limosna, que venía

aceptando desde hacía más de cuarenta años, y con voz lenta y baja, dijo:

—No, gracias, señorita; guarde ese dinero, yo no sabría qué hacer de él, pues ya no hay pobres.

¡Ah! Qué dicha para Lucas... ¡Ya no hay pobres! Ya no más pobres, ya no más hambrientos en ese Beauclair, que él había conocido tan obscuro, tan miserable, con su maldecida población de trabajadores, que se morían de necesidad. ¿Iban, pues, á sanarse todas aquellas horribles llagas, hijas del salariado; iban, al fin, á desaparecer con la miseria, el crimen y la ignominia? ¿Había bastado con que el trabajo fuese organizado según los principios de la justicia, para que ya se notase más acertada repartición de la riqueza? Y cuando el trabajo fuese honra, salud y alegría, una nueva humanidad hecha de paz y fraternidad, al fin, ¿poblaría la ciudad dichosa?

Jordán, sobre el canapé, envuelto en su manta, no había hecho un movimiento, y seguía errando por los espacios infinitos en que vagaba, y se perdían sus miradas. Cuando Marle y Hermelline hubieron marchado, se despertó al fin. Y sin perder con la vista la puesta del astro, cuya paulatina desaparición parecía observar con apasionado interés, dijo como en un sueño:

—Cada vez que veo ponerse el sol, me siento sobrecogido por infinita tristeza y cruel inquietud. Si acaso ya no vuelve, si de nuevo no amanece para la negra y helada tierra, ¡qué terrible muerte para todo lo que es vida! El es el padre, él es el fecundante, el engendrador, sin el cual se secarían ó se pudrirían los gérmenes. En él también debemos colocar nuestra esperanza de alivio y verdadera dicha; pues si él no nos ayuda, la vida concluiría por agotarse.

Lucas se sonreía, y sabía que Jordán, á pesar de su edad avanzada, de unos setenta y cinco, que pronto cumpliría, se dedicaba desde hacía varios años á estudiar el arduo problema de apresar el calor solar y almacenarlo en amplios depósitos, desde los cuales los iría distribuyendo luego como la única, la grande, la eterna y viviente fuerza. El tiempo había de llegar en que faltaría el carbón en el fondo de las minas, y entonces, ¿de dónde se sacaría la energía nece-

saria, el torrente de electricidad, imprescindible ya para la existencia? Debido á sus primeros descubrimientos, había conseguido dar la fuerxa eléctrica casi de balde... Pero ¡qué triunfo, si lograba convertir el sol en motor universal; si sacaba de él directamente aquella potencia calorífica, que yace lenta y dormida en el carbón, y si llegaba á emplear el astro como único fecundador, como padre mismo de la inmortal vida! Ya no le quedaba más que este último descubrimiento por realizar, y después su obra habría terminado y él ya podría morir.

—No se apure usted,—dijo Lucas alegremente;— el sol saldrá mañana, y acabará usted de arrebatarme el fuego sagrado, la divina llama trabajadora, incansable y eterna creadora.

Sœurette, intranquila por causa del vientecillo de la tarde, cuyo fresco entraba por la ventana, preguntó á su hermano:

—¿No sientes frío? ¿Quieres que cierre?

Pero él dijo que no con el gesto, y sólo dejó que se le levantara la manta hasta la barba. Parecía no vivir más que de milagro, únicamente porque quería vivir y había aplazado la muerte para la noche de su último día de trabajo, noche triunfal, en que, concluida la labor y en pie la obra, podría dormir, al fin, con el buen sueño del obrero leal y satisfecho. Su hermana redoblaba con él las precauciones; prolongando con cuidados exquisitos aquella existencia, y proporcionándole todavía diariamente las dos horas de energía física é intelectual, de las que él, á fuerza de método, utilizaba más cada minuto de una manera maravillosa. Y aquel sér enclenque, muy viejo, y medio muerto, á quien la menor corriente de aire podía destruir, terminaba su tarea de conquistar y gobernar el mundo, simplemente, como un obrero testarudo que no se aviene con soltar el trabajo.

—Vivirá usted cien años,—dijo Lucas, con su afectuosa risa.

A su vez, Jordán, se alegró.

—No cabe duda, si es que cien años me son necesarios.

De nuevo reinó un profundo silencio en aquel pequeño salón, tan tiernamente íntimo. Ese lento y tem-

plado crepúsculo que se iba extendiendo por el Parque, cuyos caminos desaparecían envueltos en creciente sombra, todo aquello era delicioso. Todavía, como en un sueño, se percibía alguna claridad que tenuemente rasaba los macizos y los cuadros de hierba, en tanto que en azulada lontananza, los grandes árboles se desvanecían cual visiones temblorosas y ligeras.

Era la hora de los enamorados, y el Parque de la Crécherie les ofrecía entrada franca; así es que, tan pronto como caía la tarde, acudían ellos después del trabajo y de los cotidianos quehaceres. Nadie se preocupaba de las errantes parejas, de las sombras entrelazadas, que poco á poco se fundían y desaparecían por el denso follaje. Quedaban entregados á la guardia y amistosa vigilancia de los viejos robles, con la seguridad de que el libre amor les haría ser buenos y castos, como futuros esposos que eran, cuyas caricias habían de ser indisolubles, si es que mutuamente habían sido deseados y queridos. Para siempre amar, no hay cosa mejor que conocer cómo y por qué se ama. Los que se han escogido á sabiendas y con consentimiento ya no se separan.—Y en tanto, por la sombría hierba y las obscuras avenidas, las parejas vagaban, y cual lentas apariciones poblaban el creciente misterio de las tinieblas y se extendían sobre la tierra maternal, y como palpitante en medio de los frescos aromas de la primavera.

Llegaron más parejas. Lucas reconoció á algunas muchachas y muchachos que había visto por la mañana en los talleres. ¿No eran Adolfo Laboque y Germana Ivonnot, aquellas dos sombras errantes, tan estrechamente unidas, que iban como en un vuelo sobre las puntas de las hierbas? Aquellos otros dos, que apoyaban la cabeza en la cabeza, mezclando las cabelle-
ras, ¿no eran Alejandro Feuillat y Clementina Bourron, cogidos por el talle como en eterno lazo? Y Lucas sintió una emoción más dulce cuando creyó reconocer á dos de los suyos, á su Carlos, que estrechaba contra su pecho á la morena Celina Lenfant, y á su hijo Julio, cuyo cuello enlazaba la rubia Claudina Bonnaire. Eran los mensajeros de la nueva primavera. Las últimas parejas nacidas al amor, la

antorcha de la vida que las generaciones se pasaban de mano en mano. Estaban todavía en el casto temblor de las primeras palabras, que balbuceaban entre caricias inocentes. Sus corazones, ignorantes, se buscaban acercándose; un beso furtivo era dulzura que bastaba para abrirles el cielo. Pero pronto la llama soberana, la necesidad del hijo los uniría, los confundiría, para que otros obreros de amor naciesen de ellos. Y seguían llegando parejas y parejas; el Parque se poblaba de todos los enamorados de la ciudad feliz; era la deliciosa velada de un buen día de trabajo; sobre el césped, por la espesura, como soñados, llenos de misterio y perfume, sólo se oía el leve ruido de las risas y los besos.

En aquel momento, delante del salón se detuvo una sombra. Era Susana, alarmada, que buscaba á Lucas para decirle sus temores. Boisgelin no había vuelto, y esta tardanza le atormentaba. Nunca había tardado tanto; ya era noche cerrada.

—Tenía usted razón; hice mal en abandonarle á su locura... ¡Desgraciado viejo infantil!

Lucas, temiendo también, la hizo volver á casa.

—Puede volver de un momento á otro, y lo mejor es que esté usted allí. Yo voy á hacer registrar los alrededores, y ya le llevaré noticias.

En seguida atravesó el Parque con otros dos hombres, para empezar á buscar por la parte de los talleres. Pero apenas había andado trescientos pasos se encontró junto al pequeño lago, bajo los sauces, en un rincón de paraíso, cuando un ligero grito de terror que salió de próximo follaje, le detuvo bruscamente. Y vió salir de la espesura una pareja asustada de enamorados, en la que creyó reconocer á su hijo Julio y á la rubia Claudina Bonnaire.

—¿Qué pasa? ¿Qué teneis?—les gritó.

No respondieron, huían ligeros como llevados por un viento de terror, cual aves en celo cuyas caricias turba algún mal encuentro. Después, para ver qué pasaba, penetró Lucas en el soto por el estrecho sendero que lo atravesaba, y él también lanzó un grito, pero de espanto. Había chocado casi contra un cuerpo, colgado de una rama que interceptaba el sendero con su negra masa. A la mortecina claridad del cielo,

donde ya aparecían estrellas, había reconocido á Boisgelin.

—¡ Ah, desgraciado, pobre viejo chocho!—murmuró, como Susana conmovido, desesperado ante aquel drama atroz, que tanta pena iba á causar á su amiga.

Al punto, ayudado por sus dos hombres, descolgó al ahorcado y lo tendió en el suelo. Pero el cuerpo ya estaba frío.

El suicidio debía haber ocurrido en las primeras horas de la tarde, muy poco después de la carrera loca del desgraciado á través de la fábrica. Notó al pie del árbol un gran agujero y comprendió que Boisgelin había debido de empeñarse primero en cavar con las manos, con las uñas, para ocultar y enterrar allí la prodigiosa fortuna que le ganaba su pueblo de trabajadores, toda la ciudad afanada, y que no podía administrar por sí mismo ni aun colocar en ningún sitio. En seguida, sin duda, sin esperanza de hacer el agujero bastante grande, temiendo no poder ocultar el colosal montón de su tesoro, había resuelto morir allí, bajo el monstruoso conflicto de un capital tan grande que su masa le aplastaba. Su locura llegaba á esta muerte trágica, no pudiendo vivir en la ciudad nueva de justo trabajo. En la tibia noche nupcial el Parque se llenaba de un ligero contacto de caricias, del cuchicheo de voces amorosas.

Para no espantar á las parejas, cuyas sombras ligeras se deslizaban entre los árboles en torno de él, Lucas envió á sus dos hombres á buscar unas parihuelas á la Crécherie, encargándoles no decir nada á nadie. Cuando volvieron, y fué acostado el cuerpo bajo las cortinillas de tela gris, el triste séquito se puso en marcha, por los senderos más oscuros para no ser vistos. La horrible muerte pasó muda, sumida en tinieblas, á través del delicioso despertar primaveral que temblaba con la nueva vida. Doquiera parecían nacer enamorados, surgían á la vuelta de cada calle de árboles, en cada mata, en el pulular de los gérmenes que levantaban la tierra en un espasmo. Un perfume de flor embalsamaba el aire, las manos se buscaban, los labios se unían con el imperceptible ruido del botón que se abre. Y era el torrente de los séres ensanchados con una ola nueva, la muerte ven-

cida sin cesar, el mañana brotando siempre, para más verdad, más justicia, más ventura. Susana esperaba delante de la puerta de la casa, llena de angustia, queriendo atravesar con los ojos las tinieblas. Al ver la parihuela comprendió y dejó escapar un sordo quejido. Lucas la enteró en pocas palabras de todo. Y ella, al evocar toda aquella existencia del hombre inútil, vacía, envenenada y envenenadora, que tanto la había hecho sufrir, repitió una vez más:

—¡ Ah, desgraciado, pobre viejo infantil!

Hubo otras catástrofes en la ruina fatal de la vieja sociedad podrida, condenada á desaparecer, pero la de más resonancia fué, al mes siguiente, el hundimiento de la techumbre de la antigua iglesia de San Vicente, en una clara mañana de sol, cuando el cura Marle estaba en el altar diciendo misa para los gorriones, que revoloteaban á través de la nave desierta.

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la iglesia se le vendría encima. Era del siglo diez y seis, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. Pero los tejados, armaduras medio comidas ya, cedían; y nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidado. Beauclair se negaba á contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que Marle, reducido á sus propios recursos, se puso en campaña personalmente. Pero fué en vano; los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba. Mientras vivió Leonor menos mal; pero la señora Mazelle, último recurso, era poco generosa y su fervor declinaba. Perdió más tarde esta última feligresa, y sólo quedaban algunas mujeres del pueblo, muy pobres, cuya miseria se empeñaba en esperar una vida mejor. Y cuando ya no hubo pobres no quedó nadie en la iglesia, y el cura vivía en la soledad, en el abandono definitivo en que los hombres dejaban á su Dios de error y de miseria.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar á la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refugió entonces en la letra estricta del dogma, para no

conceder nada á las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecía el dogma, el reino de Dios volvía á la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la Naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la iglesia católica desaparecía á su vez, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confesionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles, y el sacerdote, al decir misa cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles, ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte seguir su curso, llegar al fin natural de todo, y seguía diciendo su misa, esperando, héroe de la fe, solo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crugía sobre el altar.

Una mañana notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo á celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte, con su nariz aguileña, aún se mantenía tieso y firme á pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba á misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los ademanes consagrados, como si una apretada multitud le viese dócil á su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes á esas sillas de jardín negras de moho, olvidadas por el invierno bajo la lluvia. Brotaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal, medio desquiciada también, dejaba libre la entrada á los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que toma-

ba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio oyó un estallido más fuerte, polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco; pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote, reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar á Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba á volver á su juventud vigorosa; los fuertes lares sostendrían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina; renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantarían el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, sólo vos podéis volver á levantarla, llenarla de vuestros adorados reconquistados, si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando á su soberano Señor á morir con él; se había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techado en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó á su vez, acabando de aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un montón enorme de escombros, en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marle, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su

sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vió al viejo Hermelline, el antiguo profesor, que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija los acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en su lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías á través de embalsamadas paredes. También allí vinieron amadores como iban en las noches placenteras al Parque de la Crécherie. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte, crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebosando.

IV

Diez años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de Junio, víspera de una de las fiestas mayores del Trabajo, que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.

Próximo á los 85 años, Bonnaire era el patriarca, el héroe del trabajo. Conservábase erguido, alto y fuerte, y con su cabeza firme de espesos cabellos blancos, muy despierto, sano y alegre. El revolucionario de otros tiempos, el colectivista teórico á quien había aplacado la dicha cumplida de sus camaradas, vivía ahora en la recompensa de un gran esfuerzo, la con-

quista de la armonía solidaria, en medio de la cual, veía crecer felizmente á sus nietos y biznietos. Representaba uno de los últimos obreros sobrevivientes de la gran lucha, uno de los combatientes de aquella reorganización del trabajo, que había traído consigo un justo reparto de la riqueza, al propio tiempo que devolvía al trabajador su nobleza, su personalidad libre de hombre y de ciudadano. Y cubierto de años y de gloria, mostrábase orgulloso de haber ayudado, merced á su numerosa descendencia, á la fusión de las clases enemigas; de ser todavía útil, por su belleza y su bondad de jefe de familia, en el crepúsculo de su existencia.

La citada tarde, al declinar el día, Bonnaire paseábase en la entrada de las gargantas de Brias. Sin más apoyo que un bastón, acostumbraba á dar largos paseos á pie, por el gusto de contemplar nuevamente el paisaje, evocando antiguos recuerdos. Había llegado precisamente al punto del camino en que antes se hallaba la puerta del Abismo, desaparecido tiempo ha. También existía entonces, sobre el Mionna, un puente de madera, del cual no existía ni rastro, por haber sido cubierto el torrente en una extensión de cien metros para que pasase un amplio *boulevard*. ¡Cuántos cambios habían ocurrido! ¿Quién sería capaz de reconocer la antigua entrada fangosa y negra de la fábrica maldita, en aquel sitio, en el recodo de aquella avenida tan tranquila y serena, flanqueada de alegres casas? Y á punto que se detenía un momento, luciendo su gran estatura, su gran belleza de anciano dichoso, tuvo la viva sorpresa de ver, caído sobre un banco, á otro viejo que parecía minado por la miseria, con el vestido andrajoso, ajada la cara, el pelo en desorden, flaco el cuerpo y estremecido por todas las fiebres devoradoras.

— ¡Un pobre! — exclamó en voz alta, lleno de asombro.

Era, en efecto, un pobre, y hacía ya muchos años que Bonnaire no encontraba ninguno. Aquel, á la verdad, no era del país á todas luces. Con los zapatos y los vestidos blancos de polvo, debió haber caído allí, agotado por la fatiga, á la entrada de la ciudad, después de caminar días y días. A sus pies veíanse el